



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 16. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Abril 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido de primavera para jovencita.—Vestido adornado con trencillas.—Fichú de muselina y encaje.—Dos cónias elegantes.—Diferentes adornos para ropa blanca.—Estrella de trencilla.—Entredoses y cenefas bordados á la inglesa.—Cuadros y cenefa bordados al pasado para lencería.—Entredós y cenefas de crochet y trencilla.—Dos ángulos de pañuelo bordados á plumetis.—Almohadon de malla guipure.—Cifras con corona bordadas á plumetis y punto de armas.—

Cifras y números bordados al pasado.—Cenefa para muebles y portiers.—Sachet para guantes.—Canastilla adornada con aplicaciones de cretona.—LITERATURA: La tempestad, por Luisa Velaviña.—El último pensamiento, poesía, por G. Belmonte y Muller.—La flor del Castellar, por María del Pilar Sinués de Marco.—Viajes, por Rosalba.—Un elijan conyugal, por Salvador María de Abregues.—Adjudicacion de un premio en el Paraninfo de la Universidad de Madrid.—Bibliografía.—Variedades.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 29. PUNTILLAS Y BORDADOS PARA ROPA BLANCA.

Este número, por sus numerosos adornos para lencería, viene á ser complemento del anterior, que llevaba diferentes prendas de ropa blanca con adornos variados: por lo tanto debe tenerse aquel á la vista para la aplicacion de estos adornos.

1 Á 3. ESTRELLAS DE TRENCHILLA.

Ejecútase con trencilla de picos en dos órdenes, reunidos los picos en la parte interior por una cadeneta. Los núms. 1 y 2 muestran los círculos separados, y de estas estrellas unidas unas á otras se hacen cenefas para ropa blanca.



2. Círculo para la estrella núm. 1.

4 Á 9. PUNTILLA DE CROCHET Y CINTA.

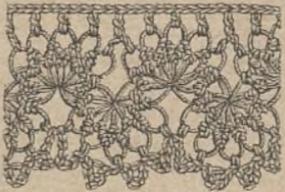
La combinacion de la cinta irlandesa ó la trencilla con el crochet es de muy buen resultado y simplifica mucho la ejecucion.



4. Puntilla de cinta y crochet.

La núm. 4 está hecha en cinta de medallones y una vuelta de crochet por cada lado que resulta clara en el dibujo.

La núm. 5 es de trencilla á picos cogidos con una cadeneta lisa por un lado y por el otro con una vuelta de crochet, en esta forma: *Un pto. d. en un pico, 5 de cadeneta, 3 picots, una bar. en el mismo pico, 3 de cadeneta, uno doble en el pico siguiente, 3 de cadeneta, una bar. en el pico siguiente, y se vuelve á la señal.*



6. Puntilla de crochet.

La núm. 6 está hecha con una vuelta de crochet de horquilla ondeada y una cadeneta con barras por un lado y otra con picots por el otro.

La núm. 7 está hecha de trencilla de picos unidos por cordoncillos hechos con aguja de coser.

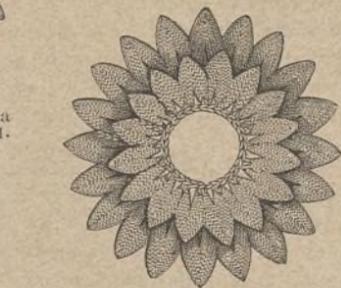
Las núms. 8 y 9 llevan cinta irlandesa colocada á picos, y estos rellenos en la primera de barras desiguales, con otra vuelta cada una encima, y en la segunda con festones: esta última la completa al borde una hilera de picots.

10. CENEFA BORDADA EN LANA.

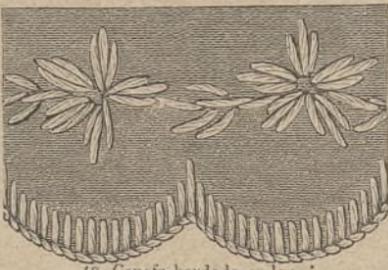
Puede utilizarse para ganchitos de franela para niño, ó para enaguas de franela tambien. El bordado es con lana á puntos largos.



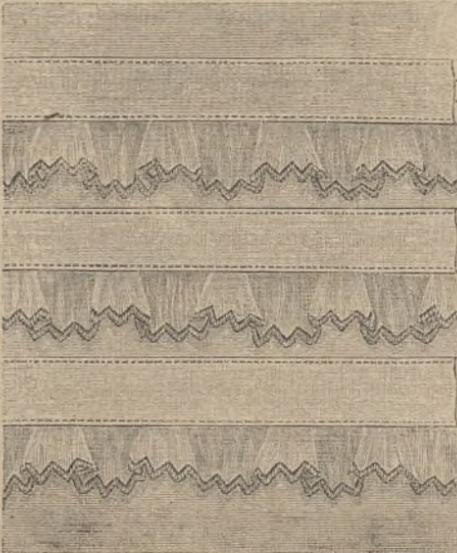
8. Puntilla de cinta y crochet.



1. Estrella de trencilla. (Véanse los núms. 2 y 3).



10. Cenefa bordada en lana.



13. Adorno para enagua

11 Y 12. ENTREDOSOS BORDADOS Á LA INGLESA.

Sirven para enaguas, pantalones, peinadores, etc. El bordado es á cordoncillo.

13. ADORNO PARA ENAGUA.

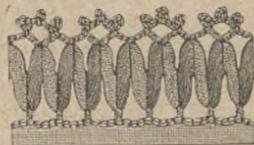
Compónese de pequeñas guarniciones de nanzouk festonadas y sujetas con bieses á la máquina. Pueden ponerse el número de ellas que se quiera.

14 Á 19. CENEFAS BORDADAS EN BLANCO.

Todas son bordadas sobre batista á la inglesa con algo de pasado, y la núm. 16 lleva una hilera de cuadros bordados á punto de armas y un encaje valencienno. Todas ellas son apropiado para escotes de camisa.



3. Círculo para la estrella núm. 1.



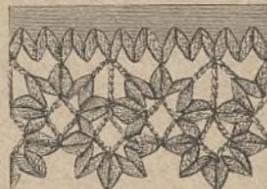
5. Puntilla de trencilla y crochet.

20. CENEFA DE ENCAJE IRLANDESE.

Ejecútase con cinta de medallones y lisa, y los diferentes calados aparecen claros en el dibujo. Puede servir para fichú ó pañuelos de la mano, y con cinta gruesa para juegos de cama.

21. BORDADO AL PASADO.

Este bordado corresponde á uno de los baberos del número anterior: va ligeramente entretelado á cuadros, y lleva flores al pasado y bodeques en la parte exterior de los cuadros.



7. Puntilla de trencilla y crochet.

22. EJECUCION DEL CROCHET DE HORQUILLA.

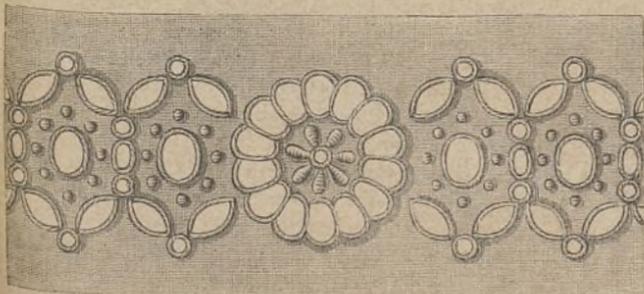
Estas bandas de crochet, que entran en combinacion en diferentes labores, se ejecutan como muestra este dibujo, con tres puntos á cada lado de la horquilla, que se vuelve siempre hácia la izquierda. Puede hacerse más ó ménos ancho segun el tamaño de la horquilla.

23. Cenefa de punto de aguja.—Se ponen 6 ptos. en la aguja y se alternan siempre estas dos vueltas. Primera: dos ptos. sin hacer, uno liso y se sobrecarga el anterior, una trab., uno sin hacer, uno liso, y se sobrecarga el anterior. La segunda lisa, haciendo en la trabilla uno del derecho y uno del revés. Va pasada una trencilla de color, y sirve para camisitas de recién nacido.

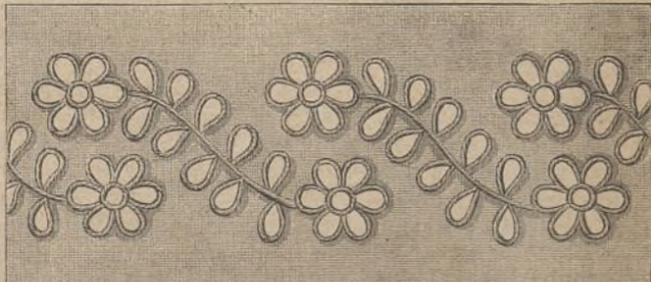
24 á 26.—Entredoses de crochet y frivolité.—En el primero se hacen las estrellas unidas por los picots y sujetas de los lados por una cadeneta y una barra en el centro de cada estrella. Cada estrella se comienza por 15 ptos. cerrados en círculo, y se completa el entre-



9. Puntilla de cinta y crochet.



11. Entredós bordado á la inglesa.



12. Entredós bordado á la inglesa.

dós á cada lado con una vuelta de dobles barras.

El núm. 25 es de frivolité, por el mismo sistema de estrellas con picots, terminadas por abajo con un feston y por arriba con una hilera de dobles barras.

El núm. 26 son dos entredoses de crochet de horquilla separados por bieses á la máquina: un pequeño feston le termina por abajo.

27. *Cenefa bordada al pasado.*—Se ejecuta con algodón grueso sobre nanzouk, y sirve para chambras y pantalones.

28 y 29. *Entredoses de crochet.*—El primero está ejecutado con solas dos vueltas iguales; y se hace* 4 ptos. de cadeneta, un picot de 5 ptos., 4 ptos. de cadeneta; y en el segundo un pto. d., en el tercero y cuarto 2 bar.; sigue un picot y sobre los 4 de cadeneta un pto. d., una barra, una bar. d., una bar. triple, y se vuelve á la señal, uniendo el picot concluido al que está á medio hacer. Una vuelta de barras termina por cada lado el entredós.

El núm. 29 es de canutillos, y se comienza por 16 puntos de cadeneta, cuyos 8 últimos forman una anilla por medio de una barra, á la que siguen 8 ptos. de cadeneta: se trabaja despues yendo y viniendo, en esta forma: 4 de cadeneta, 2 ds. bar. separadas por 2 lis, en los 2 últimos puntos de la primera cadeneta, 2 de cadeneta, 3 canutillos, 3 de cadeneta, 3 canutillos, todos en la misma anilla; siguen 2 de cadeneta y 2 bar. separadas por 3 de cadeneta. El dibujo muestra la manera de unir las vueltas.

30 Y 31. PAÑUELOS DE BATISTA.

Ambos tienen jareton: el primero con calado y una pequeña cenefa á cada lado; y el segundo con una cenefa bordada sobre el mismo jareton, recortado por el revés al borde de la cenefa.

32 Y 33. ALMOHADON.

El almohadon es de raso, de 44 cents en cuadro, y va relleno de cerda. Su principal adorno consiste en la cubierta de malla y aplicaciones sobre tul, cuyo dibujo de tamaño natural ofrece el núm. 33. El centro es de malla guipure; y la cenefa unida á feston, es de tul con aplicaciones de muselina sujetas á feston y recortadas en la parte exterior del dibujo. Plegados del mismo raso adornan el almohadon al rededor.

34 Y 35. FICHÚ DE MAÑANA.

(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XXVI, fig. 70).

Nada tenemos que advertir á nuestras lectoras, pues damos el patron exacto de este lindo fichú en el pliego que acompañaba al núm. 18, y el grabado 35 muestra el adorno que le circuye y sirve de pié al encaje.

36 Y 37. DOS CÓFIAS PARA VESTIR.

36.—La forma emplea una tira de tul de armar rodeada de alambre vestido de cinta. Esta tira mide 52 cents. de largo exterior y 40 cents. en la parte interior, por 3½ centímetros de ancho en el centro de delante y 2½ cents. de atras. Al rededor de esta pasa se fija con algunos pliegues un óvalo de tul moteado negro y blanco de 22 cents. de largo por 36 de ancho. La pasa va guarnecida todo alrededor con un doble rizado de tul de 5½ cents. de ancho, terminando con una puntillita que sube por detras en abanico, sujeto con un lazo de cinta. Un retorcido de cinta oculta la pegadura de estos rizados á la pasa, realzando además con algunas lazadas de cinta.

Barbas de encaje que descansan sobre bridas de cinta adornan la cófia por atras.

37.—Un fondo oval de tul de armar, de 17 cents. de ancho por 21 de largo, montado á plieguecitos á una tira estrecha de 50 cents. de largo, forma la montura de la cófia. Sobre dicha tira, formando drapería, se pega un fondo de tul de 36 cents. de ancho por arriba sobre 47 de largo en el centro, sesgado hácia la parte inferior, y terminando en una punta adornada con entredós y puntilla. Esta última solamente sube á guarnecer las dos partes de muselina que forman el fondo, pegadas á la tira que se cubre con una cinta de terciopelo que termina con un lazo. La parte de delante va adornada con un doble rizado de encaje y un retorcido de terciopelo.

38 Á 42. PUNTILLAS, CIFRAS Y NÚMEROS PARA ROPA BLANCA.

Además de las explicaciones que damos en otro lugar, la claridad de los grabados nos dispensa de entrar en más detalles.

44. CANASTILLA PARA PAPELES.

Materiales: Paño ó tafetan azul, cretona gris, cordoncillo de seda gris, cinta de tafetan azul (2 1/2 cents. de ancho), fleco de seda gris y azul (5 cents. de altura).

El adorno representa un pastor roaleado de una guir-

nalda de flores, lo que es muy fácil de encontrar en las telas de cretona, y va aplicado sobre un fondo de paño azul. Dos lambrequines guarnecidos de fleco, lazos azules y un plegado de cinta le completan.

45 Y 46. CAJA PARA GUANTES.

Bordado de color sobre cutí rayado.

Materiales para el bordado: Trencilla de seda negra de un centímetro de ancho, cordoncillo de seda encarnada, lila, pensamiento, castaño, madera, boton de oro, azul y verde dos tonos.

Es una caja de carton bombeada, cuyas dos mitades tienen las mismas dimensiones, esto es, 33 cents. de largo, 12 de ancho y 6 de altura. Se cubre de cutí rayado y blanco y por dentro de raso azul capitoné. Una tira del mismo raso une las dos mitades al lado longitudinal. Se circuye la caja con un grueso cordon de seda, y tres presillas colocadas al borde de la tapa sirven para levantarla. El grab. 46 representa con suma claridad la tira bordada.

37 Y 48. VESTIDO-BLUSA PARA NIÑA.

(Patron del cuerpo: pliego del 18, derecho, núm. IX, figuras 27 á 31).

Vestido diagonal de lana azul, guarnecido con trencillas negras de 2 cents. de ancho.

Tres trencillas adornan la parte superior del volante de la falda, la cartera de la manga y forman el cuello marinero.

El cinturon con dobles lazadas y largas caídas, emplea una tira de tela al biés de 160 cents. de largo por 13 á 16 cents. de ancho.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA TEMPESTAD.

I.

Era el caer de una ardorosa tarde de verano. Un calor sofocante y abrasador pesaba sobre la tierra; la atmósfera, excesivamente cargada de vapores enrarecidos, se iba condensando cada vez más, y las oscuras nubes que amenazaban envolver al sol en su ocaso, se hallaban tan bajas que parecían tocar las copas de los árboles en su pesada marcha.

Las flores inclinaban los desmayados pétalos de sus corolas mustias y marchitas sobre los encorvados tallos, y solamente las diamelas, las caracolas reales y las madreselvas, resguardadas por sus espesas enramadas de aquel abrasado ambiente canicular, condensaban sus penetrantes aromas, produciendo embalsamadas ráfagas que se dilataban en la inmensidad del espacio, á pesar de que la calma que reinaba no dejaba percibir ni el más ligero soplo de viento.

Todo era silencio y soledad en aquella hora, que parecía detenida en su curso por la varita mágica de algun encantador. Ni el zumbido de las abejas, ni el canto de los pájaros, ni la voz del campesino turbaban por un instante el letargo magnético en que la naturaleza y los habitantes parecían sumergidos...

II.

Ha cerrado la noche: noche oscura y tenebrosa como la conciencia del malvado.

Un cielo sin estrellas, cual el fúnebre pabellon de un catafalco, cubre la tierra, y la luz etérea del relámpago rasga de vez en cuando sus lúgubres velos, haciendo resaltar más su oscuridad, y proyectando sobre el terreno las negras sombras de los objetos que semejaban los génius fantásticos de las tempestades allí congregados, aumentando el triste pavor de aquella noche...

El viento gime lúgubremente entre las hojas de los árboles, semejando los últimos ayes de un moribundo...

Y el perfume de la vegetacion, concentrándose en el espacio, forma como una segunda atmósfera espesa y compacta que dificulta la respiracion...

De vez en cuando el buho y el murciélago espantados con la tormenta que ruge en el espacio, cruzan los aires agitando sus negras alas y lanzando agudos chillidos que hacen estremecer de horror...

Son estos, sin duda, los únicos vivientes que se atreven á turbar con su presencia la solemne é imponente soledad de tan triste noche...

¡Ah! no: la vivísima luz de un relámpago acaba de mostrarnos con su azulado resplandor las negras sombras

de dos seres humanos, que, cual si hubieran brotado de la tierra, surgen entre las moles del bosque y de un cercano caserío; la una de estas sombras está oculta en ademán de acechar: la otra avanza con precaucion á corta distancia del caserío.

¡Qué irán á buscar al bosque aquellos hombres á hora tan avanzada y con tan deshecha tempestad? Solamente la venganza, esa deidad salvaje puede guiarlos: solamente ella puede dar valor en tal momento al verdugo para acechar á su víctima...

¡Gran Dios, la enramada se ha agitado! Serán las aves de rapiña que salen á esperar su presa...

Y el trueno retumba lenta y fatídicamente en el espacio...

Y los ecos nocturnos gimen en la tierra...

Y tal vez gimen tambien los ángeles en el cielo...

De pronto un resplandor extraño parecido al fuego fátuo de un sepulcro brilla entre la enramada; una detonacion terrible conmueve el bosque, y casi al mismo tiempo otra luz fulgura entre las nubes; el rayo hendiendo los espacios hiere la altiva copa de los árboles, y su horrisono estruendo se dilata perdiéndose en lontananza.

Un doble grito fatídico, inmenso, cual el eco de la vida que se escapa espantándose de su misma huida, se hizo oír.

Y despues, nada... Todo se ha concluido. La lluvia contenida tanto tiempo rompió los diques vaporosos de las nubes, y el agua empezó á caer con violencia, apagando el último resplandor de los relámpagos: era el llanto de la naturaleza por aquel doble sacrificio.

III.

Despues de la tempestad, la calma; tras el llanto, la risa; despues de las tinieblas, la luz.

Era la aurora. El cielo puro y despejado parecia sonreír despues de sus lágrimas; las últimas nubes corrian presurosas á ocultarse en el occidente; y la aurora revestida de espléndidos ropajes de ópalo, nácar y rosa, brillaba ya en el Oriente.

Las últimas gotas de lluvia, suspendidas en el borde de las hojas de los árboles y de las plantas semejaban, heridas por sus brillantes reflejos, chispeantes fragmentos de líquidos diamantes, que se destacaban sobre el verde mate de la vegetacion; los pájaros empezaban á preludiar sus armoniosos gorgoros; todo era, en fin, risa y alegría.

Sin embargo, no hay luz sin sombras; risa sin llanto; flor sin espinas; alegría sin dolor; esperanza sin desengaño...

Entre el alegre concierto de las canoras aves, disuena el ronco arrullo de la viuda tortolilla, que el huracan de la víspera ha dejado en triste orfandad, privándola de su querido compañero; bajo las reverdecidas ramas de los árboles, yacen cubiertas de fango las hojas de las flores que la víspera se ostentaban lozanas; tras un florido grupo donde todo brinda aromas y placer, se oculta el reptil venenoso; á dos pasos de la vida se alza el esqueleto descarnado de la muerte; junto al cadáver de la víctima, herida por el fuego homicida de la tierra, yace el cuerpo del verdugo herido por el fuego vengador del cielo.

Es que siempre bajo la risa hay lágrimas; bajo las flores espinas; tras la vida muerte; sobre el crimen castigo...

LUISA VELAVIÑA.

Múrcia, 1874.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO.

Á PATROCINIO BIEDMA.

Desde la playa de este mar que bate el esqueleto de la vieja España, que hecho polvo y escoria y envuelto en el sudario de su gloria con un fantasma pálido combate, arrojo esta explosion de mi poesía, que derrama en su vuelo la última melancólica armonía que llevará sobre mi patrio suelo, ¡porque es el canto fúnebre del ave que herida cruza entre la mar y el cielo!

Mujer, poetisa, espíritu que flotas en la ola del dolor; tú, que ceñida llevas tu blanca frente con el negro laurel del infortunio, cual la nube que á un sol cubre en su oriente, á través de mi triste despedida comprenderás del pecho las congojas; ¡tú, que al abrirse el libro de tu vida has escrito con lágrimas sus hojas!

Náufrago del amor y la esperanza,

siento anegarme en mi dolor profundo,
y anhelo, sin tardanza,
bajo esta noche lóbrega que avanza,
ver el cielo y la luz en otro mundo.
El encantado harem de mis ensueños
que encerraba, cual mágicas cautivas,
mis ilusiones bellas,
cayó roto entre brumas,
cual templo que formó polvo de estrellas,
ó esos palacios que hacen las espumas:
y los paisajes del amor risueños
que en perspectivas mil, en sus regiones
dibujaban mis sueños,
¿se han poblado de espectros y visiones!
He visto entre la risa del destino
que dura un día cuanto el hombre funda,
¿y no puede pasar en su camino
el puente del amor sin que se hunda!
Que en veloz remolino, eternamente
la ilusión muere y la esperanza nace,
y mientras tanto el corazón se seca,
y Dios sopla la vida y la deshace;
y he visto, que apurando
la copa estremecida
del placer ó el dolor hasta las heces,
¿sobre el sepulcro de la fé perdida
nacemos y morimos muchas veces,
en este instante que se llama vida!
¡Oh, ni soñar, ni amar! ¿Por qué este anhelo,
si somos pobres hijos de la tierra?
¿Por qué empeñarse en escalar el cielo,
si el cielo mismo ha de movernos guerra?
Somos ¡ay! la sedienta caravana
que busca en vano el agua en el desierto;
un cometa, tal vez, sin rumbo cierto,
lanzado entre el ayer y entre el mañana.
Nuestra frente de imágenes cubierta,
donde un giron del cielo recogemos,
es una tumba en la que al fin perece
lo que con ansia eternizar queremos.
El géneo es una llama que consume,
y el corazón es una flor abierta
que llega á envenenar con su perfume.
¿Si algún día, á lo ménos,
entre tantos delirios infecundos
pudiera yo, para encontrar la calma,
detener á través de tantos mundos
la eterna metempsicosis del alma!
Mas ¡ay! su rumbo seguirá marcado;
será aquí larva, mariposa, estrella;
verá al dolor que su esperanza troncha;
sufrirá y cantará. ¡Dios ha sacado
la perla de la herida de la concha;
y al devorar sus días
sobre el vasto desierto del planeta,
para enjendrar sus locas fantasías
un lecho de dolor tiene el poeta!
No, no es mi reino de este mundo: un canto
misterioso me llama á otras regiones,
donde dejará el llanto
sembradas, al caer, constelaciones.
Yo siento á cada hora
de mi cuerpo el espíritu que gime,
escaparse disperso,
como el vapor que la caldera oprime,
y encierra en cada gota un universo.
Yo subo en el aroma de las flores,
me visto con la púrpura de Oriente,
y envuelto en luminosos esplendores
un sol sobre otro sol quemar mi frente.
Mundos sin fin, al desplegar sus velas,
descubre audaz el pensamiento mio,
deja en los aires fúlgidas estelas
y hace latir la nada en el vacío.
Y cuando en muda soledad me veo
en la noche desierta,
escucho el aleteo
del pensamiento, cóndor que despierta
revolviéndose, preso, en su martirio,
mientras mis pactos con Luzbel celebro,
pugnando por romper, en su delirio,
las estrechas paredes del cerebro.
¡Astro del ideal, yo te saludo
con la voz de mis últimos desmayos!
Y tú, poetisa, á quien la pena abate,
sucumbe de la vida en el combate
envuelta en la bandera de sus rayos!
Guardemos las reliquias misteriosas
de nuestro ayer, y á su fugaz vislumbre
pasen como doradas mariposas:
subamos del espíritu á la cumbre,
donde la gloria anida,

y entre los restos del amor dispersos,
¿salvemos del naufragio de la vida
el ideal del arte en nuestros versos!

G. BELMONTE MULLER.

Santander 18 Marzo 1874.

LA FLOR DEL CASTELLAR.

(Conclusion).

V.

Aquella misma noche la luna llena iluminaba el interior de la cabaña de Marcelo, entrando por la ventana, enramada de yedra y mirto, y por la puerta abierta de par en par.

La antorcha celeste iba á quebrar sus rayos en la imagen de bulto de la Virgen de Misericordia, colocada en el hueco de la pared.

Debajo de la Virgen, y acostado en un mullido lecho de heno y yerbas secas, cubiertas con limpias sábanas de hilo, estaba acostado el capitán. Marcelo se hallaba sentado á su lado en un banquillo de madera, y le tenía cogida una mano, mientras Rosa les miraba con profunda alegría, apoyando su brazo en la gran cabeza de Leal, tendido á sus piés con mucha gravedad.

—La Virgen le volvió bueno, padre, dijo por fin la joven señalando á la imagen de María: todas nuestras conversaciones de amor durante tres meses fueron delante de esa Santa Imagen, y él me respetó siempre como á su hermana: de otro modo, padre mio, no le hubiera amado yo.

—¿Y de qué hablábais, hijos? preguntó el tío Marcelo con infantil curiosidad.

—Yo le enseñaba á creer y á rezar, padre, y él me contaba sus correrías; me decía que nunca había matado ni robado á nadie por su mano, pero que capitaneaba una cuadrilla de malvados, y que tomó esa vida porque estaba solo en el mundo, sin padres ni hermanos.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Un día que regaba yo mis flores pasó y me dijo: ¿me das agua, niña? Vengo muerto de sed.

—Tomad, le cantesté yo dándole un vaso de leche y algunas frutas que comió con afán: luego, al irse, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rosa, respondí; pero me conocen más por *La Flor del Castellar*.

—Tú eres la primera flor que ha embalsamado mi vida, dijo, y luego añadió yéndose:

—Hasta mañana.

Desde entonces ha vuelto todos los días, pero siempre huía de veros, aunque conmigo era dócil como un cordero, y aprendía todo cuanto le enseñaba.

—Basta, hija mia; creo en tu virtud como en la de un ángel, dijo Marcelo; pero es menester obrar, porque de un instante á otro pueden llegar tropas enviadas por la justicia.

En seguida, volviéndose á Felipe:

—¿Quieres ser mi hijo? le preguntó:

El desgraciado, por toda respuesta, besó la callosa mano del anciano.

—¿Y tus compañeros?

—Han abandonado ya estos sitios: yo me quedé algunos días más porque no podía separarme de Rosa.

—Manos á la obra, pues, dijo Marcelo, y arrodillándose junto al lecho cortó la hermosa barba y los luengos rizos de Felipe.

VI.

Al amanecer del día siguiente el capellán de la ermita consagrada á la Virgen de Misericordia bendecía la union de Rosa y de Felipe, quien pálido aun y con el brazo vendado, vestía el airoso traje de labrador aragonés.

La ermita estaba llena de pastores y montañeses: al acabar la ceremonia fueron todos á almorzar á la cabaña de Marcelo, donde las mujeres habían dispuesto un gran festín.

Pusieron las mesas en una pradera situada á la falda del monte, pues era grande la concurrencia; y no bien se habían sentado, vieron á lo lejos las armas de algunos soldados.

Felipe palideció; pero Marcelo le estrechó la mano y salió al encuentro de la tropa.

—¿Queréis, señores, beber un trago? les dijo:

—Gracias, buen hombre, contestó el jefe; no podemos detenernos, pues vamos á perseguir una partida de malhechores que se oculta en estos montes, y cuyo capitán tiene puesta á precio la cabeza.

—Pues no os canséis, caballeros, observó el anciano: se dice por aquí que batida por nuestros pastores, se ha

internado en Francia toda la cuadrilla: por lo tanto, bien podeis refrescar. Felipe, hijo mio, da frutas y vino á estos buenos militares.

El capitán, cuya cabeza buscaban, se levantó y sirvió á los soldados; éstos no vieron en él más que á un gallardo mozo, de facciones muy bellas y aspecto noble y honrado.

VII.

Aquella tarde Rosa y su esposo, acompañados de su padre, fueron á depositar sobre el altar de la Virgen de Misericordia el traje de capitán de bandidos.

Hoy tienen muchos hijos, un hermoso caserío al pié del monte, y dos perros para guardarlo, nietos de Leal.

Marcelo murió de viejo en medio de un cómodo bienestar, conquistado por la laboriosidad de Felipe, á quien siempre amó como á un hijo.

Los pastores del Castellar han conservado religiosamente esta tradicion, y sostienen con orgullo que la cándida flor del monte convirtió á un feroz bandido con la influencia de su inocencia, de su piedad y de su fe. Aun cuentan en el invierno, al amor de la lumbre, á todos los que llegan á su cabaña esta sencilla historia, que uno de los más ancianos me refirió con el título de *La Flor del Castellar*.

Vosotras, lectoras, las que esperáeis una historia romántica y sangrienta, perdonadme: el principal papel de ella está desempeñado por la Madre de Dios, y esa actriz soberana enjuga todas las lágrimas, endulza todas las amarguras de la vida y protege todo amor que es puro y verdadero.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

VIAJES.

CAZA AL TIGRE REAL, Á LA PANTERA DE ASIA Y AL JAGUAR DE AMÉRICA.

Ismael me decía un día en las islas Filipinas:

—Ustedes, los europeos, cazan mucho mejor que nosotros el león y el tigre, porque no temen el peligro de la lucha.

Ismael se engañaba, pues muchos cadáveres europeos desgarrados por los dientes del tigre ó el león atestiguan su error.

Velazquez, corazón mezcla de oro y de bronce, y de quien se habla en el Cabo de Buena-Esperanza con el mayor respeto, me decía un día igualmente:

—Nosotros tememos más en una plantación la presencia de un león solo, que la de tres tigres.

Velazquez tenía razón; la bravura del rey de los cuadrúpedos es cien veces más terrible que la astucia del que no se atreve á disputarle la presa del desierto, apesar de los auxiliares de que se rodea para la lucha.

Pero ¿qué es el tigre del norte de Africa, ó el que visita á los cafres y hotentotes? ¿Qué es el jaguar aleopardado de Chile ó del Paraguay al lado del tigre real de Bengala, terrible huésped que destruye lo que encuentra á su paso, arrojándose contra los árboles, y arrancando los guijarros de las orillas de los ríos?

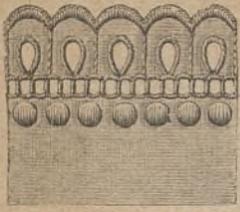
En otro tiempo había perseguido al león de América y al jaguar con mi amigo Jep, uno de los más expertos *gauchos* de Montevideo; había cazado el león de Africa con Velazquez; y quise, á lo ménos, una vez siquiera, hallarme frente á frente del tigre del Indostan.

Convendrán fácilmente conmigo nuestros lectores, que esta era la única distracción que convenia á una persona como yo, á quien aburre el no hacer nada y el sueño fatiga en extremo.

Reunímonos, pues, cinco europeos, tres ingleses, un francés y yo: además cuatro malayos, dos cipayos y ocho perros de los que me habían hablado con grandes elogios.

El calor era sofocante; ni la menor brisa rizaba el aire. Sobre nosotros caían de plano las flechas de un sol irresistible que traspasaba nuestros vestidos ligeros, tostándonos hasta los huesos, y no dejaba de ser un espectáculo curioso el de los pájaros deteniendo su vuelo pesado bajo la hojarasca espesa de los tamarindos y palmistas, en los que encontraban fácil y seguro abrigo contra el cansancio y el plomo del cazador.

En la India, cuando se han hecho los preparativos para una expedición peligrosa, habeis cumplido con todos vuestros deberes de conservación, pues es inútil ocuparse ya de esos pequeños detalles que en otros países estarían en su lugar. Balas y perdigones escogidos, agudos tridentes, picas y sables bien templados, no serían de gran utilidad práctica contra bengalíes y alegres nubes de pájaros preciosos, de mágico y variado plumaje, que surcan el espacio; los dejais en su libertad, hasta respetais su sueño; y quizás sea esta la razón de su confianza y familiaridad en sus incansables evoluciones. Pasais, os acarician con sus alas; silban, y vane para volver enseñada más ligeros y encantadores, de modo que más bien la red que el fusil, los entregaria á vuestra voluntad.



14. Cenefa bordada á la inglesa.

Sin embargo, un motivo más poderoso que lo antedicho os obliga á respetarlos.

Cuando se está sobre todo á cierta distancia de poblado ó de las plantaciones, la detonacion de la pólvora no despertaria solo el eco de estas vastas é imponentes soledades; bajo los matorrales, en rededor, junto á los pantanos de fango, reposa el leon, duerme el tigre, y para tales visitas las armas deben estar siempre en estado de protegerlos.

Como no-otros, los animales tienen el instinto del peligro, y aun mucho más, pues tienen el de hacer mal.

Cuando silba la bala, adivinan, si es que no comprenden acaso, que el cazador les rehusa la razon que pueden tener para lanzarse sobre una presa más fácil; y su reposo entonces consiste en la idea de sangre y miembros mutilados; caricias de leon y de tigre, dejan únicamente huesos en el suelo, y el silencio reina en donde poco antes se han oido los gritos de la caza, el resonar de las armas y los rugidos de la fiera.

En estas escenas de espanto y desolacion, sucede como con las cóleras oceánicas, cuando llega la ráfaga, se arrian las velas y os dejais llevar de la mar en su carrera; y cuando las olas se calman, os estais ante los recuerdos de la tempestad.

Así sucede en la India cuando se va á la caza del leon, del tigre ó rinoceronte. Al partir estamos alegres, indiferentes, apenas se piensa en el peligro; pero al punto que el retremblar del suelo y el rumor de la savana anuncian la aproximacion de vuestro adversario, ¡oh! entonces principiais á dudar de la vuelta, y quisierais mejor no haber partido.

A mediodia hicimos alto en la deliciosa habitacion del doctor Vincent, que encontré muy triste; pero en la que tuvimos bue a acogida.

La vispera, una pantera se habia lanzado por cima del muro del jardin y habia devorado al hijo de su criado malayo, que estaba dormido bajo un árbol. El muro de la cerca tenia trece piés ingleses de altura.

Mr. Vincent nos invitó á pasar la noche en su habitacion; y cuando le dijimos que no teniamos más que dos dias para dedicar á la caza, nos señaló hácia el horizonte algunas ne-

gras nubes amontonadas subiendo como fantasmas, extendiendo los brazos y apoderándose silenciosamente del espacio.

—¡El huracan será rudo! nos dijo, el barómetro descendiendo, mis perros aullan de una manera lamentable, y si quereis ser testigos de un espectáculo singular, acompañadme á algunos pasos de aquí.

Le seguimos con curiosidad bajo una deliciosa calle de bananeros, y nos sentamos á orillas de un riachuelo que corria con una velocidad á lo ménos de seis leguas por hora.

Las aguas saltaban con un ligero chasquido como si estuvieran en ebullicion; el doctor dijo que era la señal precursora del huracan.

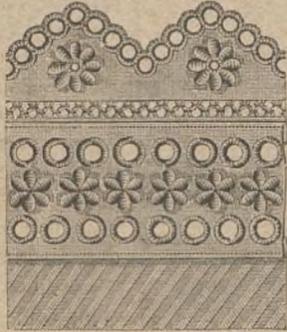
—¡Entremos! ¡entremos! prosiguió; la ráfaga va muy de prisa; me parece que la oigo mugir, y los abrigos más sólidos no lo son bastante contra el diluvio que arrastra con ella.

En efecto, apenas nos habiamos parapetado, cuando principió el desorden.

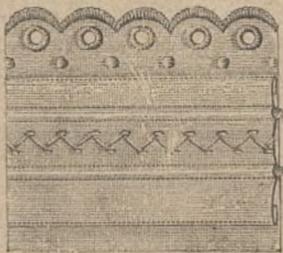
Ni truenos, ni relámpagos, ni nada oíamos, sino un ruido lejano como el caos de las ondas bajo el tifon devastador. La lluvia descendia en gotas tan apretadas, que se hubiera creido una masa compacta, ca-



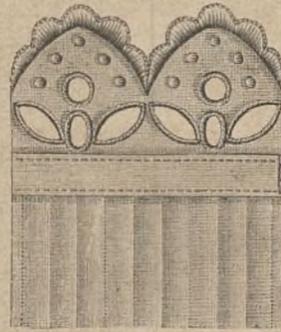
15. Adorno para ropa blanca



17. Cenefa á la inglesa y pasado.



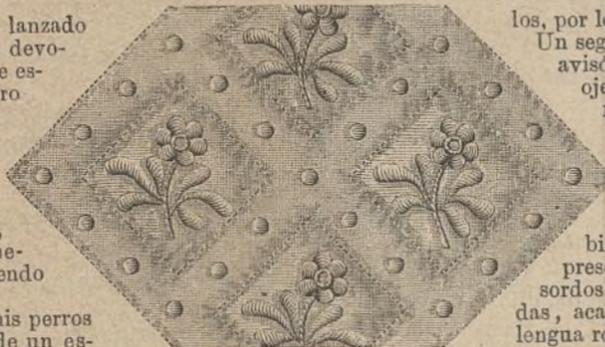
19. Cenefa para ropa blanca.



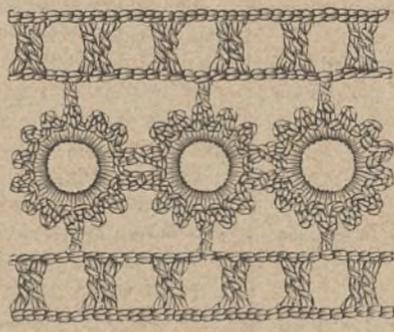
18. Cenefa á la inglesa y pasado.



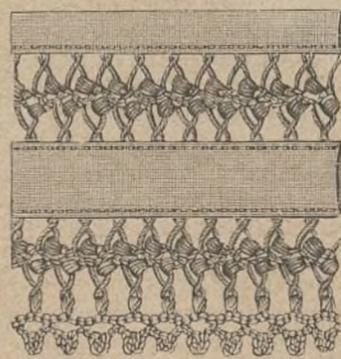
20. Cenefa de encaje irlandés.



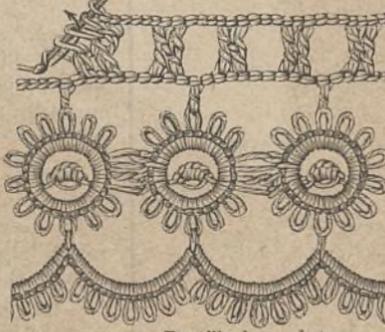
21. Bordado para ropa blanca.



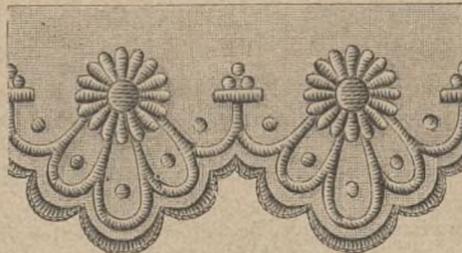
24. Entredós de crochet.



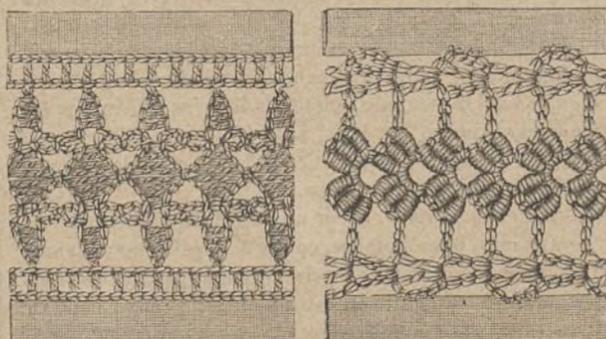
26. Cenefa de crochet.



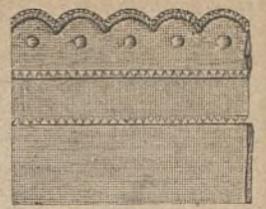
25. Puntilla de crochet.



27. Cenefa bordada al pasado.



28 y 29. Entredoses de crochet.



15. Cenefa bordada en blanco.

vendo de pronto para arrasar la brillante y espléndida vejetacion que dominaba el suelo.

Desde nuestro retiro amurallado veíamos el techo volar en pedazos; y cuando del lado opuesto en el que se habia fijado la tormenta quisimos mirar la campiña asolada, vimos árboles enteros dar vueltas á impulsos de la tromba viajera, subir, correr, descender, volver á subir y caer por último con horri-

ble estampido sobre otros erguidos vejetales que se tronchaban á su empuje.

Una hora despues, el cielo habia recuperado su limpidez; las hojas no se movian, y nuestra admiracion era inexplicable ante el aspecto de aquella naturaleza muerta, que poco ántes habiamos contemplado levantar audazmente la cabeza contra las amenazas del cielo.

—¡Esperaba otra cosa! nos dijo Mr. Vincent: el riachuelo ha mentido como un bellaco por la primera vez, me habia anunciado un huracan y solo ha sido una borrasca; en lo venidero tendré ménos fé en su palabra.

Al siguiente dia nos pusimos en marcha muy temprano, reforzados por el hermano y la hermana del malayo devorado, que querian una revancha contra la pantera ó el tigre.

Con los perros á vanguardia, apiñados todos para hacer frente á un apremiante peligro, seguimos á lo largo de un bosque espeso, en el cual, y tomando en cuenta el parecer de nuestros guias, no tardamos en penetrar.

Llegados á una encrucijada nos sentamos á comer.

Pero un tigre no nos dejó participar con tranquilidad del reposo.

Al primer lúgubre ronquido, los perros que nos habian alabado tanto por su valor, se ocultaron tras de nosotros con la cola entre las piernas y mirando á todas partes, llenos del espanto más estúpido.

Ni el látigo, los golpes, amenazas y caricias pudieron convencerlos, por lo que resolvimos pasarnos sin ellos.

Un segundo rugido más corto y más claro nos avisó que se acercaba el tigre; dimos una ojeada á nuestras escopetas y nos extendimos en orden de batalla; el malayo, tres pasos adelante, la hermana á su lado, armados cada uno de una pistola y un tridente de mango de hierro.

Se presentó la fiera. Ondulosamente cebrada, jadeante, más bien admirada que espantada de nuestra presencia, primero inmóvil, lanzando gemidos sordos y profundos, moviendo sus niñas leonadas, acariciando sus labios entreabiertos con su lengua roja y áspera. Era una presa magnífica.

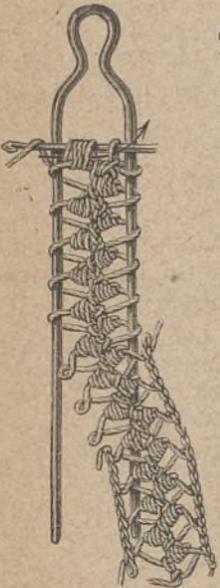
Dimos algunos pasos hácia ella al mismo tiempo que se dirigia hácia nosotros; y de pronto, como si tuvieran vergüenza de su pusilanimidad, los perros, sin ser excitados por nadie, vinieron á colocarse á nuestro frente apiñados, impacientes, silenciosos.

A su vista el tigre dió un salto, alargándose como un reptil, azotando sus costados con la cola, arrugando las fáuces. Nosotros no existiamos para él; sus primeras víctimas debian ser los perros, que se atrevian á esperarlo y desafiarlo.

Avanzaron, pues, primero en orden, despues separándose para atacar á la fiera por delante, por detrás y por los flancos.

El tigre fija su mirada en el más temerario de estos; se lanza, y tiene un enemigo ménos que combatir, hecho el pecho mil pedazos por la sola presion de sus mandíbulas.

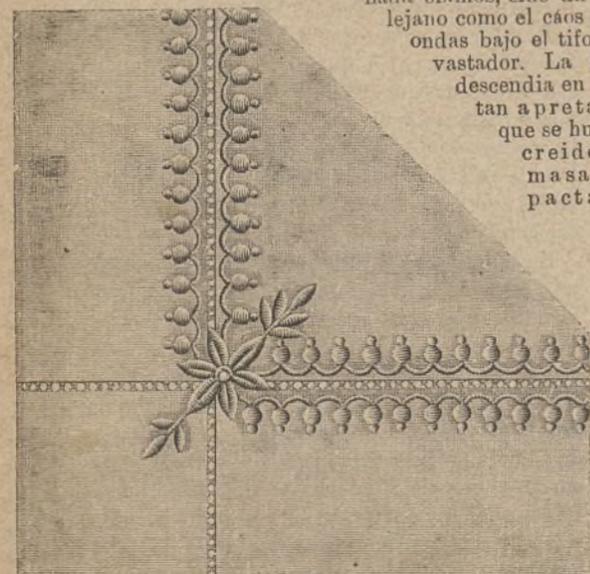
Quisimos socorrer á los demás que habian retrocedido algunos pasos, pero el ma-



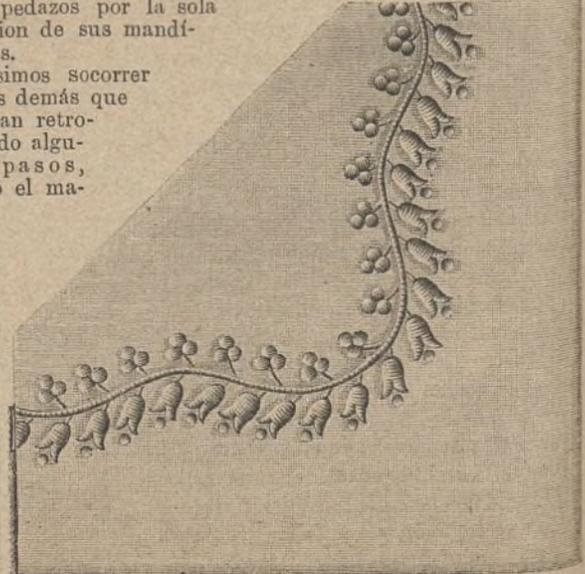
22. Crochet de horquilla.



23. Cenefa de punto de a tuja.



30. Cenefa para pañuelo.



31. Cenefa para pañuelo.

blanco.
vejeta-
a recu-
movian,
ole ante
muerta,
lado le-
ntra las
r. Vin-
o un be-
a anun-
na bor
fé en su
marcha
hermano
do, que
tigre.
dos para
nos á lo
ando en
lamos en
a de punto
g uja
sas hácia
po que se
ros; y de
vieran ver-
lanimidad,
excitados
á colocarse
ñados, im-
os.
gre dió un
como un
as costados
do las fáu-
existíamos
as víctimas
ros, que se
elo y desa-
ándose para
ncos.
os; se lanza



1107

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.
Plaza de Prim II, 3.

layo nos
el momen
deseaba
Su her
pidez adu
al tigre
rillante
poco un t
Asegur
aquellos
sísimo de
Sin em
que una
allí estab
encorvad
menor bla
to á silba
mayor vi
A un g
de su her
vez, agarr
piernas n
distingua



36
migo. Est
y la jóven
pero el h
rida que
instrume
Por un
luciones
más ahon
agonía an
via á car
ro, recibe
obliga á
En cua
vantado
concluir;
una desca
sin movi
fundame
Volvin
del camin
guno; per
mos lleg
de un ris
serpeaba
go de un
nífico pla
de indige
oimos á lo
dos mala
yos que
nos prec
dian, lan
zar de r
pente u
grito de
garrador
Redobl
mos el p
so, y vin
desgracia
sobre el
con tras
manos l
de su her
bian reco
Su de
besaban
giéndole
za de una
pañarnos
mos pasa
—La p
zando el

lajo nos hizo señas con la mano de que no habia llegado el momento de obrar aun. Trataba de cansar á la fiera, y deseaba que volviéramos todos á casa de Mr. Vincent.

Su hermana manifestaba una sangre fria y una intrepidez admirables; con sus manos vigorosas tenia en jaque al tigre con su agudo tridente, y noté que el color amarillento de sus mejillas y de su frente tomaba poco á poco un tinte rojo y casi cobrizo.

Aseguro á mis lectores que el aspecto que en aquellos momentos presentaba la jóven era curiosísimo de estudiar.

Sin embargo, el campo de batalla no tenia más que una extension de cincuenta pasos á lo más, y allí estaba el enemigo rodeado de otros veinte, encorvado, acostado, recogido á fin de presentar el menor blanco posible á las balas que iban pronto á silbar, y quizás tambien para lanzarse con mayor violencia.

A un grito del malayo y un gesto imperioso de su hermana, se precipitan los perros á la vez, agarrándose á sus costados, al cuello, á las piernas nerviosas del terrible cuadrúpedo; solo distinguíase un sordo gruñido, pedazos de carne arrancados con una rabia indecible, las evoluciones del boa, en las que el tigre abre en canal un pecho, se vuelve y sumerge su garra en los intestinos de un encarnizado adversario. La sangre corre por mil heridas, y la fiera está siempre de pié, indomable, encarnizada, amenazadora.

Todos los perros quedan fuera de combate; los tres que restan aun con vida parecian implorar nuestra ayuda. Adelántase el malayo, y nosotros le seguimos. Una bala parte, ruge el tigre, da un salto, y cae como un aere lito; las bestias feroces son duras á la muerte por naturaleza, y aun no estábamos al fin de la lucha. Retrocede el tigre, pero adivinase que no es una huida; se adelanta la jóven, precede á su hermano, y sola provoca á su enemigo. Este parte, el tridente lo recibe al vuelo, y la jóven es despedida á un lado por el choque; pero el hierro homicida queda dentro de la herida que ha abierto, y el tigre pasea consigo su instrumento de muerte.



30. Cofia de vestir.

Por un momento le abandonamos á sus evoluciones y furioses, pues cuanto más se agitaba, más ahondaba el hierro en sus entrañas. Era una agonía amenazadora aun, y el malayo que volvia á cargar su arma para tirarle á boca de jarro, recibe en una pantorrilla un arañazo que le obliga á retirarse.

En cuanto á su hermana, no se habia levantado de su caída. Era, pues, preciso concluir; le apuntamos á un tiempo, y una descarga general tiende al tigre sin movimiento en el suelo, profundamente removido.

Volvimos hasta la mitad del camino sin incidente alguno; pero apenas habiamos llegado á orillas de un riachuelo que serpeaba á lo largo de un magnifico plantío de indigo, oimos á los dos malayos que nos precedian, lanzar de repente un grito desgarrador.

Redoblamos el paso, y vimos á estos dos desgraciados inclinados sobre el suelo y besando con trasperte restos humanos. Eran los restos de su hermano, que habian reconocido por una ligera cicatriz en la frente.

Su desesperacion nos conmovió á todos en extremo; besaban cariñosamente los restos ensangrentados dirigiéndole palabras las más tiernas, jurando tomar venganza de una desgracia tan horrible, y como rehusaran acompañarnos aquélla hasta la casa de Mr. Vincent, resolvimos pasar con ellos la noche en el campo. —La pantera no está lejos, nos dijo la hermana reformando el cebo de su pistola; quiero su vida y su piel, y



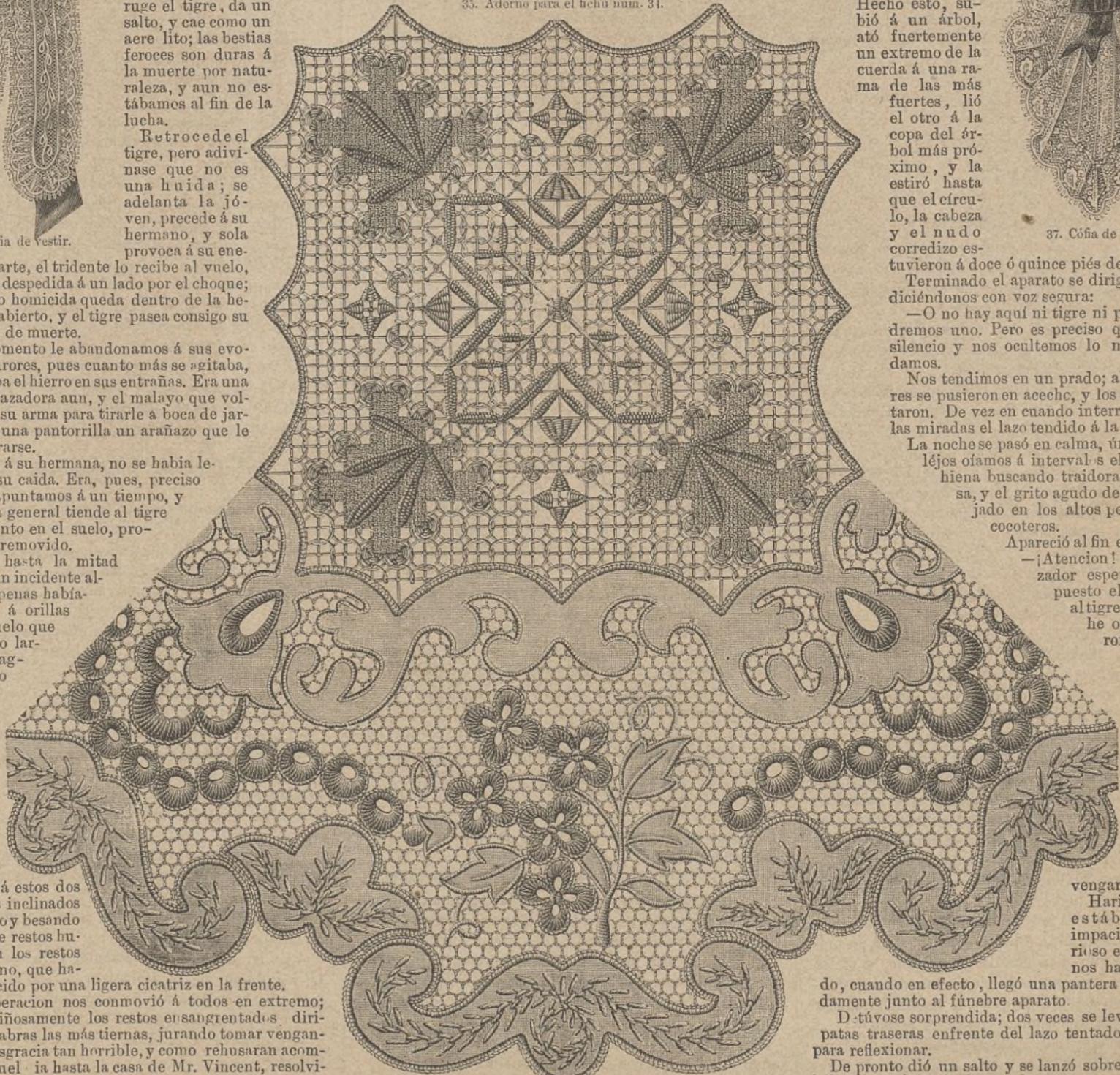
32. Almohadon. Malla guipure y aplicacion sobre tul. (Véase el núm. 35).



34. Fichú de mañana. (Patron: pliego del 48, por el revés, núm. XXVII, fig. 70).



35. Adorno para el fichú núm. 31.



33. Dibujo de malla y aplicacion para el almohadon núm. 32.

las tendré. Aquí veo las señas de su paso aun recientes, sigámoslas, ó mejor, dejadme, voy á seguirlas yo misma.

La cogí del brazo y nos dirigimos á una colinita llena de arbustos, en cuya cima se destacaba el minarete de una pagoda, cuya cúpula dorada reflejaba el sol. En el camino encontramos á dos derviches que marchaban de espaldas, y que por penitencia se habian obligado á recorrer una distancia de dos leguas, dando tres pasos adelante y uno hácia atras. Es preciso convenir que estas penitencias deben ser muy gratas para ganar el cielo.

Nos detuvimos á cenar cerca de un vasto recipiente, cuyos bordes muy trabajados nos autorizaban á pensar que las fieras de estos sitios debian venir con frecuencia á apagar su sed.

—No me voy de aquí sin un despojo de tigre ó pantera, dijo la jóven malaya á su hermano con voz resuelta.

—Hermana, contesta éste, que no habia abandonado la cabeza mutilada, hago el mismo juramento que tú.

—Pues si me dais esa cabeza, dijo uno de sus amigos, os juro á mi vez que os entregaré una víctima.

—Aquí la tienes, exclama la hermana, y si cumples la palabra te acepto por esposo, porque sé que me amas.

—Tawack, dijo éste, tendrás tu pantera, aunque despues retires tu palabra.

En unos cuantos minutos cortó y formó un arco con un bambú, en medio del que colocó un nudo corredizo, y en este la cabeza del malayo. Hecho esto, subió á un árbol, ató fuertemente un extremo de la cuerda á una rama de las más fuertes, lió el otro á la copa del árbol más próximo, y la estiró hasta que el círculo, la cabeza y el nudo corredizo estuvieron á doce ó quince piés del suelo.

Terminado el aparato se dirigió á nosotros, diciéndonos con voz segura: —O no hay aquí ni tigre ni pantera, ó tendremos uno. Pero es preciso que guardemos silencio y nos ocultemos lo mejor que podamos. Nos tendimos en un prado; algunos cazadores se pusieron en acecho, y los demás se acostaron. De vez en cuando interrogábamos con las miradas el lazo tendido á la fiera. La noche se pasó en calma, únicamente á los léjos oíamos á intervalos el chillido de la hiena buscando traidoramente su presa, y el grito agudo del bengalí cobijado en los altos penachos de los cocoteros.

Apareció al fin el dia. —¡Atencion! nos dice el cazador esperto que habia puesto el lazo; tenemos al tigre ó á la pantera, he oido su lúgubre ronquido.

Esperamos. El hermano y la hermana quisieron adelantarse á la fiera, pero sus camaradas los retuvieron prometiéndoles que se vengarian.

Haria una hora que estábamos alerta, impacientes del curioso espectáculo que nos habian prometido, cuando en efecto, llegó una pantera saltando rápidamente junto al fúnebre aparato.

Ditúvose sorprendida; dos veces se levantó sobre sus patas traseras enfrente del lazo tentador, y se tendió para reflexionar.

De pronto dió un salto y se lanzó sobre uno de los árboles, al cual estaba la cuerda sujeta, tratando de llegar al círculo en el que estaba el lazo tendido, pero al momento cayó sobre sus patas de nuevo. En su furor hizo

do, cuando en efecto, llegó una pantera saltando rápidamente junto al fúnebre aparato.

Ditúvose sorprendida; dos veces se levantó sobre sus patas traseras enfrente del lazo tentador, y se tendió para reflexionar.

De pronto dió un salto y se lanzó sobre uno de los árboles, al cual estaba la cuerda sujeta, tratando de llegar al círculo en el que estaba el lazo tendido, pero al momento cayó sobre sus patas de nuevo. En su furor hizo

un profundo agujero en el suelo, restregándose sobre el tronco del árbol, cuya dura corteza mordía lanzando lúgubres rugidos.

Sin embargo, alejóse del lazo sin perderle de vista, retrocediendo muy despacio.

—Ya es nuestra, respondo de ello, dijo muy bajo el cazador frotándose las manos; toma terreno para saltar, va á partir y se quedará en el aire.

Mirad.

Lanzóse la pantera como sale la piedra de la honda, pero el nudo corredizo quedó intacto; la fiera pasó á su lado entre la eabeza y el cerco.

—No impacientarse, señores, nos dijo el malayo; quíere la presa: la tendrá, pero le costará caro.

La pantera empezó de nuevo su maniobra, y esta vez dió en el blanco. La cabeza estaba en su boca, pero el nudo corredizo hizo su oficio, y la fiera carnívora quedó colgada á algunos piés del suelo.

Estaba admirado.

—Tú serás mi marido, dice la jóven malaya al cazador; pues voy á procurarme un placer que concluirá pronto, es verdad, pero del que me acordaré toda la vida.

Llegamos junto á esta horca de nueva especie; la pantera se agitaba en horribles convulsiones; sus garras buscaban un suelo que no hallaba; sus fauces entreabiertas pedían un soplo de aire que no llegaba á sus pulmones, y hasta en su agonía conservaba un carácter de ferocidad que justificaba las torturas que se le iban á hacer sufrir.

La jóven, muda, pero febrilmente agitada, picaba con su tridente los costados de la fiera cautiva, le abría las carnes con su puñal, le arrancaba poco á poco las entrañas, experimentando en este juego cruel una alegría tan viva, que se hubiera dicho al ver su rostro que eran las caricias de una hermana á su hermano, los besos de una madre á su hijo.

A poco el viento agitó el cadáver de la pantera, se cortó la cuerda, y apenas si se le pudo arrancar la cabeza del malayo de las fauces entreabiertas que la tenían cogida.

(Se continuará).

ROSALBA.

UN ELIJAN CONYUGAL.

(Continuacion).

VI.

LA PRIMERA ENTREVISTA.

Cuando terminado el almuerzo se separaron el marqués y su primo, Carlos volvió á meterse en su habitación despues de despedir á su primo en la escalera, que para marcharse pretextó ocupaciones.

—Esta noche vendré por ti á las diez, quiero darte una agradable sorpresa para probarte que soy siempre el mismo, dijo el marqués al marcharse.

Pero Carlos, embebecido en sus tristes pensamientos, ni atendió lo que le decía. Se despidió de su primo estrechándole maquinalmente la mano y se entró en su cuarto, dejándose caer con desaliento en una butaca.

—Sí, no hay duda, decía, él la ama, quizá es correspondido... Pero no, no puede ser eso; dice que tengo dos rivales, que están dispuestos á disputarme el amor de Margarita á estocadas, luego ninguno de los dos es correspondido.

Una ráfaga de alegría animó el triste semblante de Carlos y una sonrisa asomó á sus labios.

—Y aun suponiendo que eso sea así, continuó monologuando Carlos, ¿quién me asegura á mí que el marqués de San Bruno no ha de ser el preferido?... ¿Y por qué razón lo ha de ser?... ¿Por su título y posición?... Si él es marqués yo soy conde; si él es rico yo también. En nada me aventaja... ¡Ah! sí, insensato de mí; me aventaja en que él no es el conde del Soto, ni sus riquezas han sido arrancadas á la mujer que los dos pretendemos; me aventaja en que su título, su nombre es conocido y respetado en la corte, disfruta la aureola del buen tono, es uno de los hombres de moda cuyo galanteo anhelan todas las mujeres y todos los hombres buscan su amistad; y yo, yo solo soy un provinciano, que carece de modales, que ignora los usos y costumbres de la buena sociedad; ¡ay! ¡y aun eso me parecía poco!...

Y otra vez la tristeza se reflejaba en su semblante.

—Margarita, es natural, continuó Carlos, dará su preferencia al elegante marqués de San Bruno, y á éste pobre Carlos, su compañero de viaje, cuando se le presente, cuando sepa que es él quien le ha arrebatado su título y sus bienes, lo abrumará con su desprecio.

Un rayo de cólera brilló instantáneamente en la pupila apagada de Carlos.

—¿Y por qué ha de hacer eso? ¿Acaso yo la he robado, acaso no debo á mi nombre el título que llevó su marido y los bienes que disfrutó? ¿Tengo yo la culpa de que la

fortuna haya venido á sacarme de mi retiro, proporcionándome una opulencia que no he ambicionado?... Entonces esa mujer no tiene derecho á despreciarme.... Podrá burlarse de mi ignorancia en las fórmulas de alta sociedad, pero despreciarme... eso nunca... y ¡vive Dios! que no se lo he de tolerar.

Carlos quedó algunos minutos pensativo.

—No, Margarita no es capaz de despreciarme; ó mucho me equivoco, ó en su corazón no puede tener cabida tal sentimiento. Estoy fluctuando en una duda que me asesina, y puedo y debo salir pronto de ella. La ofrecí ir á visitarla apenas llegara á Madrid, y aunque no sea más que por eso estoy faltando, pues llevo ya más de quince días de estar en la corte y no he cumplido mi palabra. Olvidaba que el conde del Soto no debe ir á hacer ostentación de su título á la que le ha llevado antes que él... Es verdad, pero Carlos Figueroa puede y debe ir á ofrecer sus respetos á su compañera de viaje la baronesa del Lirio. Afortunadamente aquí tengo sus señas.

Carlos abrió su cartera y vió si guardaba aun en ella la tarjeta que le entregó la hermosa viuda.

—Ea, valor, luchemos; la victoria sin lucha es una gloria sin brillo.—¡Hola, Estéban!

El criado de Carlos abrió la puerta.

—¿Qué manda el señorito?

—El carruaje en seguida, voy á salir.

Un cuarto de hora despues un criado anunciaba á la baronesa la visita del Sr. D. Carlos Figueroa.

Margarita al oír ese nombre sintió que un temblor nervioso agitó todo su cuerpo. Serenóse, y componiendo su tocado delante del espejo salió al salón.

Carlos se puso en pié apenas vió á la baronesa y corrió hácia ella tendiéndola la mano con alegría.

—Señor conde, dijo ella con bastante seriedad, saludándole y dándole ceremoniosamente la mano, no esperaba que su vista de V. se hubiera retrasado tanto.

—Señora, no comprendo, contestó Carlos un tanto sorprendido, ¿quién ha dicho á V.?

—¿Su nombre y su título? No es del caso el que yo lo diga, pero yo creo que no trataré á V. de ocultármelo, como lo hizo cuando yo le dije el mio.

—Confieso que falté, pero fué hijo de mi aturdimiento del momento, al saber quién era la amable persona con quien habia viajado en amigable compañía.

El acento de Carlos respiraba sinceridad. Margarita lo comprendió así, y dijo ya más risueña:

—En verdad que no habia, ni hay motivo, para que usted ocultase su título.

—Es cierto; pero yo pido por mi falta humildemente perdon á V.

—Concedido.

Desde aquel momento la conversacion entre Carlos y Margarita se animó algun tanto, aunque sin salir de una grave circunspección por parte de ella y de una respetuosidad excesiva por la de él.

Carlos procuraba leer en los ojos de Margarita lo que pasaba en su alma. La reserva de la hermosa viuda era tan impenetrable como la frialdad de que se hallaba revestida. Al fin se atrevió él á formular esta petición:

—Margarita, y dispéñeme V. le de tan dulce nombre, yo venia á oír de sus labios de V. la sentencia que ha de decidir de mi vida. ¿Será V. todavía tan cruel que querrá prolongar mi agonía?

—En este momento, señor conde, no puedo darle á usted contestación alguna, y como yo no puedo cerrar las puertas de mi casa al heredero del título y bienes de mi difunto esposo, por más que la sociedad murmure si le concedo mi amistad, que por otra parte poco vale, esta casa será siempre de V., y espero me favorecerá asistiendo al baile que doy esta noche, en el que procuraré contestar á su pregunta, si es que tengo la satisfacción de que concorra V. á él.

—Cuenta V. que vendré á honrarme entre los que usted ha dispensado tan halagüeña distinción.

Carlos comprendió que estaba ya allí demás, y se levantó; saludó conmovido á la baronesa, y salió contentiendo con una mano los latidos de su corazón, que parecia querer romper las paredes de la cárcel en que estaba encerrado.

En aquella primera entrevista, al ponerse en contacto el aparente hielo con el fuego, se habia obrado un fenómeno bastante frecuente. Así como el agua acrecienta á veces las llamas de un incendio, del mismo modo la frialdad del hielo hace fermentar con más fuerza las materias ígneas que existen en el fondo de un volcan. La insensibilidad de Margarita habia centuplicado la fuerza del amor que Carlos sentia por ella.

—Sí, sí, decía él, saliendo de casa de la baronesa. O su amor ó la muerte; con ella todo; sin ella nada.

—Pobre jóven, pensaba ella; parece muy bueno, muy noble, muy leal. ¡Me amaré de veras!

Y se quedó otra vez pensativo.

VII.

AVERIGUACIONES.

Al salir de casa el general, dijo el marqués á su chero:

—Al casino.

La berlina tomó la dirección de la Carrera de San Jerónimo, doblando la esquina de la calle de Cedaceros.

El marqués entró en el casino, recorrió sus vastos y lujosos departamentos, poblados de escogida concurrencia, y en uno de ellos encontró á Sandoval reclinado en un diván y leyendo un periódico, cuyo pronunciado olor á tinta indicaba que hacia pocas horas habia salido de la prensa.

—Te esperaba, dijo el diplomático cuando vió á su amigo: siéntate, que tengo que contarte muchas cosas.

El marqués se sentó al lado de Sandoval, sacó la petaca, encendió un veguero, y se dispuso á escuchar á su amigo.

—Cuando nos separamos esta mañana fui, como te dije, al Ministerio de Estado; allí todos me conocen porque me consultan algunos asuntos y siguen al pié de la letra los consejos y advertencias que les doy, en virtud de mi gran tacto y de mi práctica experimentada. Pero dejemos esto y vamos á nuestro negocio, añadió, notando un ademan de impaciencia en el marqués. Pregunté quién era el actual dignatario que poseia el título de conde del Soto, y despues de consultar un libro registro, contestáronme que se llamaba D. Carlos Figueroa y Ruiz de Cavedo, al que hace solo tres meses se le ha expedido la cédula de sucesión. Nadie conoce á ese señor, pero debe de gozar de gran influencia en las esferas del gobierno, y aun en palacio, pues en el tiempo que te llevo dicho se le ha dado la llave de gentil-hombre, le han nombrado senador, y ayer mismo el ministro le ha condecorado con la gran cruz de Carlos III.

—¿Cómo! ¿mi primo ha obtenido todas esas gracias?

—¿Tu primo! ¿Qué estás diciendo?

—Sí, mi primo.

—Pero, ¿qué primo es ese?

—Carlos Figueroa, el único hijo del hermano de mi madre.

—Calla, tienes razón; ahora voy recordando, el que estuvo hace dos años aquí viviendo en tu propia casa.

—El mismo.

—¿Y cómo ha llegado á ser conde del Soto? ¿Está, por ventura, casado con nuestra insensible beldad?

—No, y me parece algo difícil que lo logre.

—Pero, ¿quieres explicarte?

—Sí. Escucha.

El marqués contó á su amigo todo lo que sabia por su primo, sin omitir la aventura del viaje y el vehemente amor que de ella se habia originado. Sandoval y el marqués se rieron grandemente á costa de Carlos, cuya rivalidad no les inquietaba lo más mínimo.

—Y, á propósito, dijo Sandoval, no habrás olvidado que esta noche es el baile de la condesa-baronesa, y que ambos estamos comprometidos á negociar una boda por embajador.

—No lo he olvidado, dijo el marqués, y por mi parte cumpliré.

—¿Por qué no presentas á tu primo, y nuestro triunfo será más grande, siendo testigos de su derrota?

—Eso mismo habia pensado hacer, y celebro que á tí te se haya ocurrido esa misma idea.

—Ja, ja, ja, y cuánto nos vamos á divertir con el provinciano conde.

—En verdad que mi proceder no es muy noble ni leal, tratándose de un pariente que siempre me ha querido como hermano.

—Pero que hoy es tu rival.

—Sin que por ello me apure gran cosa.

—¿A que vés sintiendo escrúpulos? Eso solo nos faltaba.

—No sucederá. Cuando me separé de él, despues de almorzar, le dije que me esperara, que esta noche le proporcionaría una agradable sorpresa.

—¿A qué hora has quedado?

—A las diez.

Efectivamente, á dicha hora el marqués pasó por el hotel y encontró á su primo vestido de rigurosa etiqueta esperándole.

—¿Cómo! le dijo, despues de saludarle, ¿sabias que teniamos que ir de baile?

—Lo ignoraba completamente; pero me encuentras así vestido porque pienso asistir al que da la baronesa del Lirio, la cual ha tenido la amabilidad de invitarme.

—¿Qué dices? ¿La baronesa te ha invitado?

—Aquí tienes la prueba. Y le entregó un perfumado billete.

El marqués lo tomó y lo leyó con impaciencia.

—¿Escrito todo de su puño y letra! dijo con acento de celos.

—¿Y era allí donde querías tú llevarme esta noche?

—Sí.

—Te lo agradezco infinito, dijo Carlos un tanto conmovido, creyendo que su primo se interesaba por él. No quiero privarte de tu buen propósito; tú me presentarás como si ella no me conociera.

—Sea como tú quieras.

—Partamos.

Y los dos primos salieron del hotel, subieron al carruaje que les esperaba, y se encaminaron á casa de la baronesa.

(Se continuará).

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

La prensa madrileña ha dado cuenta en los siguientes términos del acto solemne celebrado en el Paraninfo de la Universidad el domingo 18 del corriente:

«Esta tarde á las dos se ha efectuado en la Universidad central el acto de adjudicar el premio á la mejor de las obras que se habian presentado al certámen fundado en obsequio del malogrado niño poeta D. Jesus Rodriguez Cao, que falleció á la temprana edad de 15 años.

Presidia el acto el Sr. Rector de la Universidad. El Sr. Rivera y Delgado leyó una breve y bien escrita memoria, terminada la cual, los Sres. García Santistéban y Rada y Delgado leyeron con entonación admirable dos preciosas poesías, originales de las señoras Doña Angela Grassi y Doña Micaela de Silva, dedicadas al malogrado poeta, y otras dos originales del poeta niño, cuyo elogio es inútil, bastando decir que una de ellas era la titulada *El alma y otra el Fragmento del poeta Kabin*.

Terminada la lectura, se adjudicó el premio á la eminente escritora Doña Angela Grassi, por su obra titulada *La gota de agua*.

La Sra. Grassi fué conducida con la mayor galantería desde su asiento á la mesa de la presidencia, por el señor García Santistéban, en medio de generales y calurosas felicitaciones.

El Sr. Lafuente, en un breve discurso, manifestó lo mucho que se congratulaba con actos de esta especie, felicitando á la comision en su nombre y en el del claustro que representaba, por lo mucho que ha trabajado hasta conseguir tan noble objeto.

Terminó el acto dando las gracias D. Manuel Cañete en nombre de la comision.

Hé aquí la memoria escrita y leida por el distinguido literato Sr. Rivera y Delgado, en dicho solemne acto:

I.

Señor: Piadosa costumbre es la de honrar los muertos, y meritorio empeño el de fomentar las letras; laudable intento la aspiracion á distinciones justas, y grata sensacion el reconocerlas y proclamarlas.

Esto abraza en conjunto la solemnidad del día, última demostracion al presente de tierna y sentida memoria á la muerte de Rodriguez Cao, primera en el porvenir de las que con igual motivo habrán de celebrarse.

Así vive entre nosotros el niño que nos deleitaba con las bellas producciones de su ingenio; así cultivamos la semilla de aquella planta arrancada apenas mostró sus regalados frutos.

Para expresar la pena que causó su muerte, los poetas españoles tejieron su corona fúnebre; para propagar sus obras se hizo una completa edicion de ellas; para honrar sus restos se ha levantado un monumento sencillo pero de exquisito gusto; para perpetuar su recuerdo se ha fundado un premio anual; para adjudicarlo solemnemente os congregais en este templo de la enseñanza, y dedicais con la asistencia á esta solemnidad vuestra atencion y ánimo. De este modo, en el Paraninfo universitario como en el celestial, celebramos gozosos la excelencia de una obra, el premio de un mérito y la gloria de un niño. ¡Dios, que envia su bendicion á los que se reúnen para practicar el bien, la envíe á vosotros, que para tan buen fin estais aquí congregados!

Él me la envíe para deciros en breves modos el origen de esta solemnidad.

II.

Versado el niño Rodriguez en los conocimientos generales de las ciencias, docto en las letras humanas, inspirado en las verdades divinas, con una inteligencia precocísima, gran amor al trabajo y gran arranque de ingenio, esta criatura maravillosa aprendió y enseñó, leyó y escribió tanto, que no tengo noticia de otros mejor empleados quince años primeros de la vida.

Dramático aplaudido, entendido humanista, crítico perspicaz, periodista hábil, poeta lirico y épico, todas estas peregrinas dotes se descubren en él, en todos estos

géneros se ensayaba, y si no modelos, destellos son sus obras de una inteligencia gigante, que hubiera sido una legítima gloria de la literatura española. Se aplaudia cuando recitaba este niño, y era maravilla verle improvisar al punto; miráble con sorpresa sus compañeros de juegos infantiles, porque de repente se trasformaba con gravedad increíble y huía de los juegos; orgullo de sus adelantos mostraban los maestros, y maravillados quedaban los profesores del rapidísimo vuelo de aquella singular inteligencia.

La sociedad de Madrid noticiosa de este portento, dudaba de él, porque es condicion humana dudar de los portentos y maravillas si no se ven con propios ojos; pero pronto aquella voz vigorosa, aquella entonacion varonil, su gran presencia de ánimo y la noble altivez de su semblante, ponian á las claras el prodigio.

Pequeño espacio era para el águila de su entendimiento la reunion literaria ó el salon privado; concibe una obra, la escribe y se ejecuta en un teatro público, con asistencia de la corte, que fué de intento. Viéronse entonces palomas sobre su cabeza, coronas á sus piés, salvadas á sus oídos, y el príncipe de Asturias (hoy la Majestad de Alfonso XII), llamando al régio palco al autor de la obra aplaudida; ¡á un niño de once años!

¡Y qué de extraño este aplauso en la escena, si á esa edad la prensa nacional se mostraba llena de admiracion, y habia publicado unas octavas que la *Revista Británica* ¡oh asombro! creia dignas del Tasso!

Esta inteligencia se apagó á los quince años de edad. Dios, que la envió entre nosotros, de nosotros la separó. ¡Sea el nombre de Dios bendito!

Apénas muerto, dirigieron la mayor parte de los literatos que habitaban la corte una circular á los de provincias invitándoles para la formacion de una corona fúnebre, y la muerte del malogrado vate fué llorada en sentidos versos.

Publicáronse sus obras distribuidas en cuatro volúmenes y formóse una Comision, presidida por el Sr. Hartzbusch, para estudiar el modelo de monumento que se pensaba edificar á su memoria, acogiéndose el bellísimo del Sr. Villajos, que fué realizado dirigiendo gratuitamente su autor la obra, coronada en breve, Dios mediante, con el grupo alegórico y el busto en mármol del malogrado niño, debido al reputado cincel del Sr. Duque.

La Comision, construido el monumento, trasladó á él los restos exhumados, asistiendo comisiones del Gobierno, de institutos de enseñanza y gran número de escritores.

La urna funeraria entraba en el cementerio de San Nicolás, y á los cánticos religiosos se unia el pavoroso trueno.

En medio de la tempestad, en la oscuridad y la lluvia, oamos al depositar aquel tesoro, y oimos la lectura de su composicion *Al nuevo día*, que arrancaba lágrimas de nuestros ojos y nos hacia repetir con él:

¡Cuándo será que elevada
Sobre esta vil p dredumbre,
Desde el polvo de la nada
Suba el alma acrisolada,
Adonde el sol da su lumbré!

Hecha la traslacion de los restos, la Comision fué informada por D. Joaquin Rodriguez que del producto de las obras existia ya capital para fundar un premio, y se anunció en la *Gaceta* el público certámen.

Seis obras se han presentado, seis obras excelentes; pero habia una tan interesante, tan tierna, tan bien escrita, que fué votada por unanimidad.

Abierto el pliego correspondiente al lema, se leyó el nombre de Angela Grassi.

La alegría se retrató en todos los semblantes; escritora premiada hace tiempo por la Real Academia Española; escritora correctísima, de dulce inspiracion, era la autora de *La gota de agua*, aquella narracion triste de las desventuras de dos niños ciegos, aquellas conmovedoras páginas que tanto enternecen!

El corazon de la mujer interpretó el pensamiento de la madre de Cao al fundar el premio, y sobre este pensamiento produjo una creacion tan sublime, con tan galanas formas desarrollada, con tanta verdad y tal colorido, que las situaciones más horribles no inspiran horror, sino pena; las desgracias mayores no inspiran tristeza, sino resignacion; y al pasar la vista sobre aquellas páginas donde se encadenan las desventuras, dice el lector como la autora en su lema: «*Hágase, Dios mio, tu voluntad, así en el cielo como en la tierra!*»

¡Oh consuelo sin igual, el que descansa en la voluntad divina! ¡Oh fé viva y ardiente! ¡Cuán necesaria eres en nuestra patria, en nuestras familias, en nosotros mismos, porque cada uno de nosotros, quién más, quién ménos, sufre rigores y penas, las ve sufrir, ve nublado el cielo, yerma la tierra, desiertos los campos y un millon de fa-

mias desmembradas, tomblorosas, aguardando noticias con anhelo para decir, sean buenas ó malas: *¡Hágase, Dios mio, tu voluntad, así en el cielo como en la tierra!*...

III.

Inspirar la resignacion, avivar la fé en medio de los mayores infortunios, tal es el pensamiento de la obra premiada.

La Comision convocará en breve certámen para el año próximo y espera un resultado satisfactorio.

¡Qué gloria para Cao, si, á medida que los años se suceden, se suceden obras como *La gota de agua!* ¡Qué estímulo tambien el de esta fundacion!

Los que al morir dejan fortuna para edificar soberbios panteones; los que sienten disposicion de ánimo para que su nombre sea un recuerdo grato en la tierra, ¡dónde hallarian un pensamiento más laudable que este!

El libro moral, destinado especialmente á niños, desarrolla en su tierno corazon los gérmenes del bien. Recuerda el jóven y no olvida el hombre aquellas impresiones delicadísimas de la lectura de los primeros años.

De mí sé decir que siendo niño tuve la fortuna de leer el libro del Padre Almeida, y tanto me interesó el viejo Miseno cuando cantaba

En mí tengo la fuente de alegría;
Siempre la tuve, mas yo no lo sabia.

que desde entónces, si estoy disgustado, pesaroso, si me creo infeliz ó desdichado, consulto mi conciencia y me acuso de haber hecho ó pensado algo malo, porque de otro modo

En mí tengo la fuente de alegría,
Y siendo bueno, en mí la encontraría.

Nada hay, pues, más útil al hombre que las lecturas que edifiquen su corazon en la primera edad de la vida, en esa edad en que las ideas viven serenas, tranquila el alma, sin remordimientos del pasado, sin temores del porvenir; en ese espacio que un día ocuparán los cuidados y las amarguras de la existencia, si no lo ocupa vivo y eficaz el amor á Dios, que solo penetra en las almas inocentes ó puras.

La Comision se complace en observar que en los años venideros la cantidad asignada al premio será mayor con el producto que falta de realizar, y se aumentarán tambien las obras que acudan al certámen.

Pequeño es, sin embargo, este galardón, si se compara con el que Dios tiene reservado al autor de una obra edificante, instructiva, que incline irresistiblemente á la práctica de la virtud en la edad en que las inclinaciones del espíritu modelan el carácter.

No envidio yo al caudillo de huestes numerosas; no tomaré por ejemplo al tribuno que arrebató á las muchedumbres; no me seduce la gloria del espectáculo á que acude aglomerada gente; lo que yo envidio, lo que yo quisiera imitar, lo que me seduce y arrebató es la divina figura de Jesucristo, diciendo: «Dejad que los niños vengan á mí, porque es suyo el reino de los cielos.»

Hablad, y que los niños os oigan; escribid, y que os lean los niños; que se acuerden de vosotros y de los personajes de vuestros cuentos como yo del viejo Miseno que me enseñó el camino de la felicidad en esta vida. Escribid enseñando ese camino para que sean felices los hombres que á sí propios se llaman desgraciados. Ser pobre, estar enfermo, desvalido, perder una persona querida, sufrir, morir; ¡cuántas desgracias! Se dice, y no solo se dice, sino que se cree, y se cree á ciegas. ¡Qué funesta creencia! ¡Qué error tan grande! Desvanecedlo ¡oh, hombres de letras! con la inteligencia que Dios os ha concedido, escribid probando que los bienes de este mundo están compensados de tal modo, que quien goza de los unos, desconoce los otros; y que el hombre lleno de salud, riquezas y honores, tendrá algo que le aflija y apene, algo que Dios le da por misericordia para que de Él no se olvide; demostrad que el pobre, el enfermo y el desvalido suben á la montaña de la Jerusalem celeste con más prontitud porque no llevan á la espalda el fardo de la riqueza, ni al corazon la cadena que los sujeta á otros seres, ni en el pecho el lazo con que les atrae el mundo.

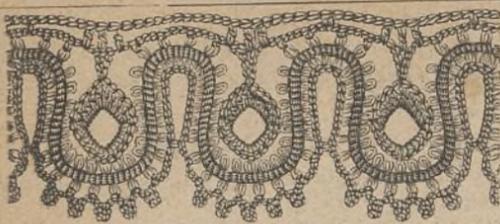
IV.

Termino diciendo que la Comision debia publicar las obras del niño Rodriguez Cao y corren impresas, erigir el panteon y descuella en el cementerio de San Nicolás, anunciar certámen y examinar las obras presentadas, y las hemos examinado declarando mérito superior en *La gota de agua*. Alargue Dios nuestros años, y en cada uno adjudiquemos un premio, ó lo que es mejor, adjudíquese aunque sea corta nuestra vida, la mia al ménos, porque yo creo y confieso, como nuestro Jesús Rodriguez, que la muerte

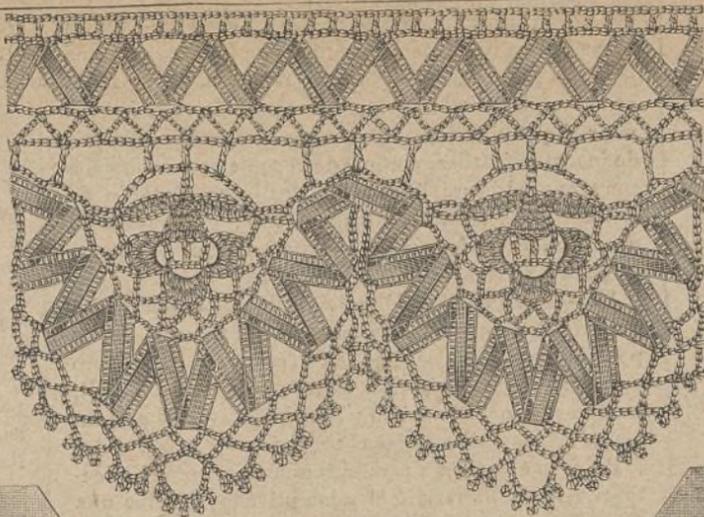
Es un ángel hermoso y bienhechor,
la muerte es la riqueza de los justos,
la puerta de la gloria del Señor.

Hé dicho.

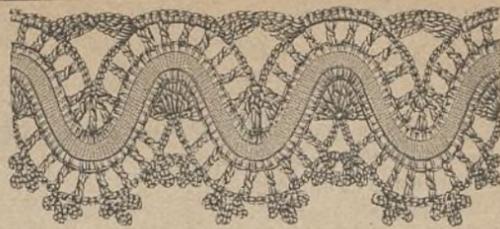
Madrid 18 de Abril de 1875.



38. Puntilla de crochet y trencilla.



40. Puntilla de crochet y cinta.



39. Puntilla de crochet y cinta irlandesa.

BIBLIOGRAFÍA.

Uno de nuestros más ilustrados colaboradores, el distinguido escritor D. Nicolás Díaz y Pérez, acaba de publicar un libro interesantísimo bajo el punto de vista de la historia cronológica de Extremadura, titulado *Historia de Talavera la Real*. Siendo Extremadura uno de los países que ha dado á España más hijos ilustres en todos los ramos del saber, y muy particularmente en las bellas letras, no puede ménos de ser interesante todo lo que á ella se refiera, ya en general, ya respecto de algunas de sus ciudades ó villas en particular. El libro del Sr. Díaz Pérez tiene, pues, en este sentido un verdadero valor por la riqueza de datos, notas y citas con que su autor la ha ilustrado. Su forma es bella, clara y sintética; su método sencillo y comprensible. Los datos históricos que prueban la importancia que Talavera la Real tuvo en los primitivos tiempos, están perfectamente comprobados y dicen mucho en pró de la laboriosidad y esmero con que el autor ha llevado á cabo su trabajo. Este libro puede ser de gran utilidad para el día en que se escribiera una historia general de Extremadura, y entre tanto siempre será una lectura amena é instructiva que no dudamos en recomendar á nuestros lectores.

La acreditada casa editorial de D. Salvador Manero, de Barcelona, acaba de publicar el tercer volumen de la *Biblioteca ilustrada de la familia*, y que contiene dos lindísimas novelas tituladas *Una mujer elegante* y *Mi vecina Rosa*. Dicho tomo, perfectamente impreso é ilustrado con profusion de láminas originales, llena cumplidamente el objeto que se propuso el editor al ofrecer al público obras entretenidas y morales y de gran utilidad para las familias.

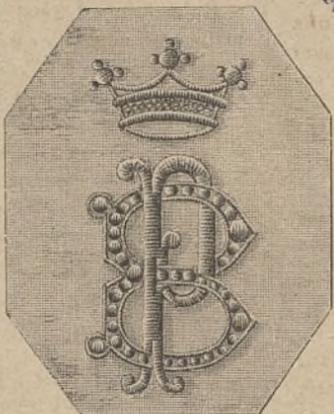
La novelita de que hablamos, y las anteriormente publicadas en la misma Biblioteca, *Una desgracia á tiempo* y *La herencia del tío*, se hallan de venta en Madrid en la librería de Castilla, Espoz y Mina, 36.



47. Vestido-blusa para niña. (Véase el núm. 48). (Patron del cuerpo: pliego del 18 por el derecho, número IX, figs. 27 á 31).

D. José Royo, dueño de la *Peluquería y perfumería universal*, plaza de Santa Ana, núm. 15, acaba de ser honrado por Su Magestad el Rey con el título de proveedor de la Real Casa.

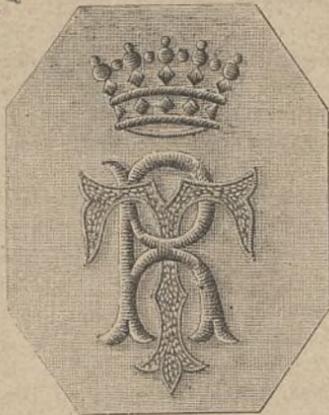
Semejante distincion viene á justificar el favor de que goza este magnífico establecimiento entre las damas más notables de la aristocracia madrileña, y á confirmar los elogios que le prodiga la prensa, tanto por la variedad de sus peinados como por lo exquisito de sus perfumes.



41. Cifra bordada.



43. Cifras y números al pasado.



42. Cifra bordada.

ye en fuego fátuo!—¡Ay del que viste en traje de niebla, pero salve al hombre de accion y de luz!—Levántese contra él el infierno entero, no podrá vencerlo.»

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA ANGELA GRASSI.

Un tomo en 4.º de 288 páginas.

Se vende á 4 rs. en la Administracion de este periódico, y en Valencia en la de la excelente Revista titulada *La Ilustracion popular económica*, calle del Almirante, núm. 3, enviándose los pedidos á provincias francos de porte.

[EXPLICACION

DEL FIGURIN 1167.

FIG. 1.ª.—Traje de primavera.—Vestido de tafetan azul porcelana. El delantero de la falda esliso, los costados tableados y atras la gran tabla triple adornada de arriba á abajo con botones.



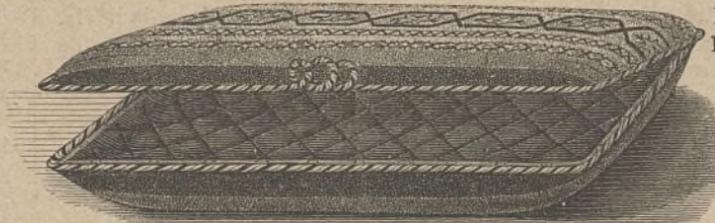
48. Espalda del vestido núm. 47. (Patron del cuerpo: pliego del 18 por el derecho, número IX, figs. 27 á 31).

Cuerpo-coraza y echarpe, guarnecida esta última con flequillo de madroños. Gola rizada azul con encaje blanco en la parte interior. Sombrero de faya blanca adornado con azul.

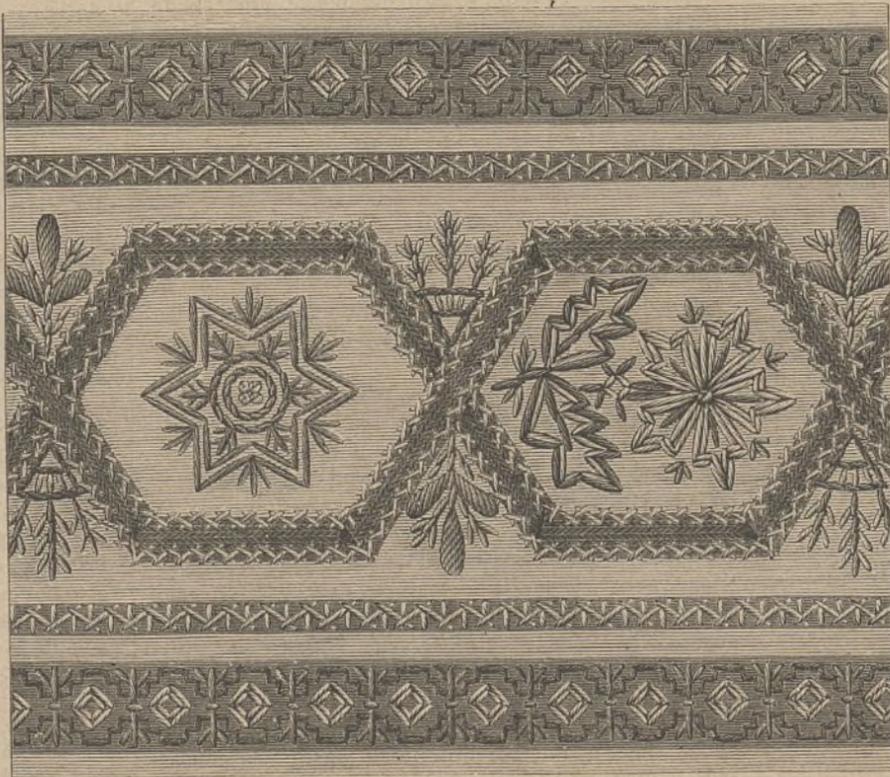
FIG. 2.ª.—Traje de desposada.—Vestido de faya blanco con volante en el bajo del delantero y encima una tira dispuesta en jaretitas y terminada por arriba con un volante estrecho. La parte de atras de la falda es lisa, tiene mucho vuelo y dibuja extensa cola. Túnica manto de encaje blanco, que figura un manto por detras y delantal por delante, recogido en las caderas con ramos de flores de azahar. Grupo de las mismas flores en el peinado y velo largo de tul de ilusión.



44. Canastilla para papeles.



45. Sachet para guantes (Véase el núm. 46)



46. Cenefa para el sachet núm. 45.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.